

Carta de Argentina. Iguales y un poco distintos

Luis Gregorich

Un amigo, al comentar el conflicto por las papeleras entre la Argentina y Uruguay, citó una cuarteta de la «Milonga para los orientales» de Jorge Luis Borges: «El sabor de lo oriental / Con estas palabras pinto: / Es el sabor de lo que es / Igual y un poco distinto».

El secreto de la expresión está en «un poco distinto», un discreto llamado de atención que en realidad sintetiza todos los problemas y todas las disyuntivas de la proximidad geográfica y cultural. Y que explica, a lo mejor, que exista un enfrentamiento entre estos dos países hermanos (nunca un lugar común fue más verdadero), una pugna que incluso puede agravarse, ofendiendo a la razón y a la historia.

Los rasgos que denotan fraternidad son tan claros y obvios que casi no merecen señalarse. Las dos grandes ciudades, una en cada orilla del río de la Plata (y que por eso merecerían llamarse, las dos, argentinas, aunque Montevideo debió asumirse simplemente como oriental), son parecidas y a la vez complementarias. Tienen una historia de exilios y destinos cruzados que las honra. Hay menos diferencias entre la entonación y el habla de porteños y montevidianos que entre porteños y cordobeses, o porteños y mendocinos. El resto del Uruguay y la provincia de Buenos Aires pueden asimismo compararse, si bien en este cotejo tercián, con buenos títulos, los entrerrianos.

Se subraya, para bien y para mal, que somos los países más europeos de América Latina. Además, que nuestros esfuerzos de modernización y educación de las masas han sido paralelos, que las glorias del pasado como el Palacio Barolo de aquí y el Palacio Salvo de allá se mantienen gallardamente en pie, y que las vanguardias artísticas e intelectuales han tenido fértil llegada a nuestras tierras.

Se destaca menos que nos parecemos también —y esto nos acerca al resto de Latinoamérica— por largas crisis estructurales de las que nos cuesta emerger. Se acabó hace mucho, aunque sobreviva en rincones del imaginario colectivo y la fantasía política, la Argentina de los gana-

dos y las mieses, y la de la semilla que germina en cualquier lugar; y no somos más la gran promesa de la escena internacional, que competiría con Canadá, Australia y hasta los Estados Unidos. Se acabó igualmente el Uruguay que era la Suiza de América, soñado y en parte realizado por José Batlle y Ordóñez, con la intervención estatal en la economía, los aprestos de industrialización y la progresiva integración de las clases trabajadoras. Hacen agua por todas partes, en las dos orillas, la tradición sarmientina y el liceísmo uruguayo. Los demonios del autoritarismo, la ineptitud y la dependencia nos demolieron gradualmente, y no supimos o no pudimos dispersarlos.

¿Cómo peleamos con los uruguayos por asuntos más dramáticos que el fútbol o el origen de Gardel? ¿Cómo no agradecerles haber compartido a Florencio Sánchez y Horacio Quiroga, o haber recibido casi como regalo a Irineo Leguisamo y a Julio Sosa, o haber podido acaparar en Buenos Aires, por algún tiempo, a Juan Carlos Onetti y a Mario Benedetti? Y China Zorrilla, ¿qué es? ¿Uruguay, argentina o —mucho mejor— las dos cosas a la vez? ¿Cómo no sentirnos identificados absolutamente con Figari y Torres García, con Felisberto Hernández e Idea Vilariño? Y ellos también, tal vez con más pudor y sin reconocerlo del todo, se han alimentado por mucho tiempo con los libros escritos o traducidos por nosotros, con las notas de nuestra música y con las imágenes de nuestro cine, aunque la Cinemateca uruguaya, por ejemplo, es muy superior a las nuestras. En los 30 hubo dictadores en ambos márgenes del Plata; el socialismo clásico tuvo, respectivamente, a Alfredo Palacios y a Emilio Frugoni; hubo guerrilleros tupamaros, montoneros y del ERP, y tuvimos, también, trágicos regímenes castrenses.

Pero con todo ese alud de semejanzas, vuelve otra vez la línea de Borges: iguales y un poco distintos. Un país grande y un país chico, por más vecinos y amigos que sean, no pueden ser estrictamente homólogos. Los presionan, no solo sus obvias asimetrías económicas y demográficas, sino también matices importantes en su conducta social y sus mitos nacionales. Sería muy frívolo afirmar que el Uruguay reproduce, en escala, las desventuras y los logros argentinos. Por el contrario, es razonable adjudicarle una personalidad propia que no se confunde con otras.

La disparidad en tamaño y fuerza motiva, a su vez, lo que podría denominarse el síndrome del «grandote protector», compartido con el gigante brasileño. Los argentinos suelen mirar al Uruguay con cierto

aire de cordial paternalismo, que solo se borra a la hora de optar entre Toulouse y Tacuarembó, o cuando la celeste y la azul y blanca se enfrentan en el Monumental o en el Centenario. Los uruguayos, por su parte, responden a esa actitud con ironía y cierta desconfianza amistosa, como si no estuvieran totalmente convencidos, no tanto de la sinceridad del interlocutor, cuanto de la lógica fundadora de la situación. Es inevitable que esta tensión termine excediendo los episodios de psicología social e impregne también las relaciones bilaterales y regionales.

En el terreno de las estructuras políticas y del sistema de partidos, ocurre lo mismo: grandes similitudes y sutiles diferencias. Se ha tendido a identificar al Partido Colorado, de raigambre urbana y raíces unitarias, con el radicalismo argentino, si bien José Batlle era laicista y librepensador, e Hipólito Yrigoyen, krausista y teísta. El Partido Blanco, en cambio, aliado en su momento con el rosismo y con una fuerte impronta de caudillismo rural, y después signado por la figura heroica y quizá anacrónica de Aparicio Saravia, se comparó con expresiones conservadoras y populistas argentinas, y, polémicamente, con el peronismo.

Los que somos amigos y amantes del Uruguay, sin prejuicios ni limitaciones, y admiramos el temple y la conciencia cívica de su gente, quisiéramos que este conflicto que empieza a llamarse, en otros escenarios, la «guerra de la celulosa», repudiara su connotación bélica y aceptara que nuestras semejanzas son muchas y nuestra amistad irrevocable, pero que también nuestras diferencias existen y que deben ser asumidas en el terreno de la convivencia pacífica, la discusión democrática y el respeto a la soberanía nacional. Lo peor es la sobreactuación y la tentación de las vías de hecho, y lo mejor la obsesiva pasión por negociar, hasta que no haya la posibilidad de un consenso. Y siempre la habrá, por más que ninguna de las dos partes quede del todo satisfecha, ni se atreva a hablar de «victoria».

Es demasiado lo que queda por hacer juntos, a ambas orillas del río, y en la región, para superar el atraso, la pobreza, la desigualdad, la desidia y, a menudo, la soberbia de los gobernantes. Por eso, aunque de ingenuidad e ilusión no se puede vivir, sigamos sosteniendo con Borges, milonga para que el tiempo / Vaya borrando fronteras: / Por algo tienen los mismos / Colores las dos banderas».

Dípticos mexicanos
Las Juntas (Jalisco)/ San Sebastián del Oeste (Jalisco)

